

**La narración de la nación ecuatoriana:
del “buen salvaje” al fracaso del proyecto liberal**

María Alejandra Zambrano

University of Texas-Austin

<https://dx.doi.org/10.12795/futhark.2008.i03.13>

“Avoir fait de grandes choses ensemble, vouloir en faire encore”

(Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation?*, 1882)

Je te salue quand même, pays maudit d'Equateur

Mais tu es bien sauvage,

Région de Huygra, noire, noire, noire,

Province du Chimborazo, haute, haute, haute.

(Henri Michaux, *Equateur*, 1929)

Resumen: Este artículo aplica al caso ecuatoriano la tesis de Ángel Rama respecto al papel del intelectual en la formación y consolidación de las naciones hispanoamericanas. Para ello, luego de analizar brevemente los más importantes acontecimientos históricos del Ecuador del Siglo XIX, se exploran los mecanismos de dos novelas clave en la formación de la identidad nacional: *Cumandá* (1879) y *A la costa* (1905) de Juan León Mera y Luis Alfredo Martínez, respectivamente. De esta forma se expone la manera en que los dos escritores, atendiendo a posiciones políticas antagónicas y como representantes de la ciudad letrada, narran la nación ecuatoriana y coadyuvan a la formación de su identidad en ciernes.

Palabras Claves: Literatura ecuatoriana; Novela; Siglo XIX; Liberalismo; *Cumandá*; *A la costa*; Nación

Abstract: Based on the thesis proposed by Ángel Rama in his book *La ciudad letrada*, this article explores the role of intellectuals in the formation and consolidation of the Ecuadorian nation-state. After a brief analysis of the 19th Century major historical events, it foregrounds different mechanisms of national identity construction employed by writers Juan León Mera and Luis Alfredo Martínez. In this way, *Cumandá* (1879) and *A la costa* (1904), the two main foundational fictions of Ecuadorian literature, attempt to narrate the nation while responding to opposing political projects.

Keywords: Ecuadorian Literature; Novel; 19th Century; Liberalism; *Cumandá*; *A la costa*; Nation

El Siglo XIX fue testigo de la emancipación de la mayoría de las colonias españolas en América y la consecuente formación de estados-naciones. La ironía de este proceso independentista radica en que la era republicana, para la mayoría de la población, significó la prolongación del sistema socio-económico colonial patrocinado ya no por los terratenientes locales sino por las nuevas burguesías. En algunas de las flamantes repúblicas el proyecto independentista fue reflejo fiel de los intereses de la oligarquía –en el caso ecuatoriano, por ejemplo, de aquella asociada a la hacienda cacaotera costeña y a los latifundistas serranos. Ya lo había dicho José Martí en 1891, en América: “la colonia continuó viviendo en la república” (163).

A partir de la independencia de la República del Ecuador en mayo de 1822 y hasta los albores de la Revolución Liberal de 1895, se llevó a cabo un proceso de consolidación del aparato estatal que terminaría con la fundación de una mitología hacia finales del Siglo y que buscó, por primera vez y sin mucho éxito, incluir en el discurso a aquellos actores hasta entonces

desdeñados o que, idealizados o denigrados, habían servido de materia u objetos para cuadros de costumbre. En otras palabras, es a partir de la Revolución alfarista finisecular que entre los límites marginales del espacio-nación a los que se refiera Homi Bhabha, “podemos ver cómo el concepto de “pueblo” emerge dentro de un rango de discursos como un doble movimiento narrativo” (Lugar, 181). El pueblo ecuatoriano, de esta manera, deja de ser un simple hecho histórico u objeto del discurso patriótico oficial para convertirse gradualmente en una estrategia retórica de referencia social que vería un cierto apogeo a partir de la publicación de las novelas sociales en las décadas de los treinta y cuarenta del Siglo XX¹.

Así, se puede afirmar que si la primera etapa de vida republicana, que abarca desde 1830 hasta 1895, se distinguió por el catolicismo y el conservadorismo político encarnado en la figura del presidente Gabriel García Moreno², a partir del triunfo del liberalismo, con Eloy Alfaro³ a la cabeza, se dio paso al momento más relevante del proceso de formación del estado nacional en el Ecuador. Dicho proceso tuvo como objetivo primordial el de instaurar “un programa orientado a la integración

¹ Entre las obras más importantes de este período se encuentran *Don Goyo* (1933) de Demetrio Aguilera Malta, *Las cruces sobre el agua* (1946) de Joaquín Gallegos Lara, *Baldomera* (1938) de Alfredo Pareja Diezcanseco, *Los Sangurimas* (1934) de José de la Cuadra, *Huasipungo* (1934) de Jorge Icaza y la colección de cuentos *Los que se van* (1930) de Enrique Gil Gilbert, Demetrio Aguilera Malta y Joaquín Gallegos Lara.

² Presidente del Ecuador en tres ocasiones: de abril de 1861 a agosto de 1865, de enero a mayo de 1869, y de agosto 1869 hasta la fecha de su asesinato en agosto de 1875. Ver *Gabriel Garcia Moreno and Conservative State Formation in the Andes* de Peter V. N. Henderson.

³ Eloy Alfaro fue dos veces presidente: del 17 de enero de 1897 al 31 de agosto de 1901 y del 1 de enero de 1907 a 11 de agosto de 1911. Líder de la Revolución Liberal de 1895 murió también asesinado en 1912. Para más detalles ver la *Historia de la Revolución Liberal Ecuatoriana* de Enrique Ayala Mora.

económica de las regiones naturales mediante obras como el Ferrocarril Guayaquil-Quito” (Ayala Mora, Historia de la Revolución, 115); regiones que durante los albores de la república representaron intereses político-económicos irreconciliables.

Estos cambios en la orientación de la política estatal, pese al intento por mantener en pie los ideales de la revolución de fin de siglo, sólo contribuyeron al fortalecimiento del Estado oligárquico que optó por promover políticas librecambistas favorables al reducido sector agro-exportador y reprimió a los grupos subalternos que veían cada vez más lejana la oportunidad de convertirse en sujetos de un proceso de significación. Los enfrentamientos⁴ entre el gobierno y trabajadores durante las primeras dos décadas del Siglo XX testimonian el fracaso del discurso liberal en cuanto a la incorporación de los excluidos al andamiaje nacional. Son estos subgrupos justamente, quienes rezagados del proyecto de la nación y traicionados por los gobiernos oligárquicos, buscarán más adelante un espacio dentro de la narración de la nación. De allí que la aparición de la novela indigenista, negrista, montubia, urbana y mestiza ecuatoriana sea producto de la búsqueda por conquistar espacios de denuncia y performance.

El propósito del presente artículo es aplicar al caso ecuatoriano la tesis de Ángel Rama respecto al papel del intelectual en la formación y consolidación de las naciones hispanoamericanas que asume a la América Hispana manifestada de forma binaria desde que España impusiera el modelo de la ciudad barroca en las Indias: la ciudad real y la ciudad letrada⁵.

⁴ La masacre de obreros que ocurrió en Guayaquil el 15 de noviembre de 1922 es el marco de una de las novelas sociales del escritor Joaquín Gallegos Lara.

⁵ Ángel Rama sostiene que dentro de la ciudad barroca existió siempre una ciudad letrada “más agresiva y redentorista, que la rigió y condujo” (25). Esta ciudad, comprendida por religiosos, administradores, educadores, profesionales e intelectuales, es la ejecutora de las órdenes. La ciudad letrada además de ser

Para ello, se empezará con un breve recuento de los mayores acontecimientos históricos del Ecuador del Siglo XIX para luego analizar los mecanismos de dos novelas clave en la formación de la identidad nacional: *Cumandá* (1879) y *A la costa* (1905) de Juan León Mera y Luis Alfredo Martínez, respectivamente. De esta forma se expondrá la manera en que los dos escritores, atendiendo a posiciones políticas antagónicas y como representantes de la ciudad letrada, narran la nación ecuatoriana y coadyuvan a la formación de su identidad en ciernes.

Ecuador decimonónico: un recuento

Según un censo de 1825, cuando todavía el Ecuador no nacía como república, más de medio millón de personas habitaban el territorio bajo la jurisdicción del departamento de Quito. Durante la última década del Siglo XIX, la población ecuatoriana se estimaba ya en un millón, tres cuartas partes de la cual estaba concentrada en la Sierra mientras que el resto, que habitaba en la Costa, experimentaba un acelerado crecimiento (Ayala, Historia y Sociedad, 21). Hacia finales del Siglo, y cuando el Ecuador ya estaba consolidado como república, Guayas se convirtió en la sexta provincia más poblada y Guayaquil alcanzó a Quito en número de habitantes. Según Ángel Rojas, “la diferencia entre las relaciones de producción de la sierra y la costa... han motivado y está motivando un espectacular desplazamiento de la población ecuatoriana de la primera región hacia la segunda” (315). Este fenómeno fue fruto del proceso migratorio que -a diferencia de otros países hispanoamericanos como la Argentina- no alentó la migración

urbana es la única que ejerce la letra en una sociedad analfabeta que vendría a constituirse como la ciudad real.

extranjera sino la movilización interna de mano de obra. Los campesinos serranos se desplazaron a la Costa en busca de empleo en las recientes y pujantes haciendas cacaoteras que controlaban la economía nacional una vez que los obreros serranos cayeron en crisis.

En 1830, el Ecuador nació ya fragmentado. Las pugnas regionales iniciadas en la colonia y agudizadas durante los años de la Gran Colombia se hicieron patentes en la era republicana. El crecimiento económico dispar entre las tres grandes ciudades apenas mantuvo al país cohesionado. Si en la sierra centro-norte, cuyo eje principal era Quito, el sistema de hacienda estaba atravesando una aguda crisis y se dedicaba al mero abastecimiento del mercado interno, la sierra centro-sur, con su eje en Cuenca, luchaba por abrirse a nuevos mercados internacionales y lograr cierta autonomía por medio de la exportación de sombreros de paja toquilla. La Costa, por su parte, se orientó a la producción y exportación de cacao, provocando así un acelerado crecimiento económico de la región. Estas circunstancias muestran la coexistencia de economías dispares que generaron un desarrollo asimétrico heterogéneo en el interior del país.

Enrique Ayala Mora sostiene que la costa fue desplazando paulatinamente a la Sierra en su posición de eje de la economía. Mientras “los hacendados serranos trataban de detener la migración de trabajadores a la Costa, los plantadores del Litoral ... trataron de atraerlos” (Historia de las literaturas, 34). Esta pugna por el poder económico condujo al debilitamiento del poder político ya de por sí endeble⁶ y que, hacia los umbrales

⁶ Ayala Mora nos recuerda que “los criollos latifundistas que lideraron la separación de España tuvieron éxito al fundar el nuevo Estado y mantenerlo unido en medio de la inestabilidad inicial, pero no lograron consolidar un proyecto

del siglo XIX, estaba fraccionado en tres sectores: los ultramontanos (la derecha del garcianismo), los liberales católicos (progresistas) y los radicales. Entre 1860 y 1875, la política se desarrollaba en torno a la figura de Gabriel García Moreno, presidente conservador y católico cuyo asesinato en 1875, dio paso a una serie de gobiernos progresistas que impulsaron medidas más liberales, especialmente en el ámbito económico. Consecuentemente, creció la industria agro-exportadora sin romper necesariamente los lazos con la clase terrateniente clerical y de esta forma se sentaron las bases para lo que dos décadas más adelante se conocería como la Revolución Liberal de 1895; movimiento radical liderado por Eloy Alfaro y con base social en las montoneras⁷.

Con el triunfo del liberalismo se promovió la transformación político-ideológica de mayores proporciones registrada en el país:

el estado recobró el control sobre amplias esferas de la Sociedad Civil que estaban en manos de la Iglesia. La educación oficial, el Registro Civil, la regulación del contrato matrimonial, la beneficencia, etc., fueron violentamente arrebatados de manos clericales y confiadas a una nueva burocracia secular. Del mismo modo, la Iglesia fue despojada de una buena parte de su latifundios, mediante la llamada “Ley de Manos Muertas” (Ayala Mora, Política y sociedad, 21).

nacional como conductores de una unidad históricamente constituida que pondría las bases de un Estado-nación” (Historia de la literatura, 35).

⁷ Movimientos sociales más importantes del Siglo XIX compuestos por campesinos de la costa o montubios. Surgen en 1825, y aunque en un principio tenían carácter reivindicativo frente a la explotación de los hacendados, más tarde adoptaron un carácter político-liberal.

A la par de estas transformaciones circulaba un discurso en ciernes que, además de reformar las relaciones Estado-Iglesia y de unir físicamente a dos regiones por medio de la construcción del ferrocarril, perseguía estrechar los lazos de filiación entre la Sierra y la Costa que no pudieron acoplarse durante la primera mitad del Siglo XIX. De ahí el intento por moldear la idea de nación como *comunidad imaginada*⁸ en la que el pueblo de ambas regiones se sintiera reflejado.

El “buen salvaje”, el buen católico

En el artículo “Irresistible romance: the foundational fictions of Latin America” y refiriéndose al compromiso del escritor con la consolidación de los proyectos nacionales del Siglo XIX, Doris Sommer explica que “the writers were encouraged both by the need to fill in a history that would increase the legitimacy of the emerging nation and by the opportunity to direct that history towards a future ideal” (76). Siguiendo con la tesis propuesta en el artículo, se podría calificar a las novelas decimonónicas hispanoamericanas como narraciones apuntaladas como hitos de partida de una historia nacional que busca proyectarse hacia el porvenir. Esta necesidad de novelar para sentar las bases de la “comunidad imaginada”, de la que habla Benedict Anderson, en Hispanoamérica ya había sido prevista por Andrés Bello al defender un método histórico que en lugar de suministrar antecedentes los dedujera, comentara y resumiera: “cuando la historia de un país no existe, sino en

⁸ Para Benedict Anderson, la nación es una “imagined political community –and imagined as both inherently limited and sovereign” (6). Es imaginada porque ninguno de sus miembros logrará conocer nunca a sus compatriotas; es limitada porque tiene fronteras y soberana porque es libre. Finalmente, dice Anderson, es imaginada como comunidad porque implica camaradería entre sus miembros.

documentos incompletos, esparcidos, en tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el método narrativo es obligado” (246). La novela, por consiguiente, y calcando la función que como artefacto cultural del nacionalismo cumplió una vez afirmados los estado-naciones europeos, se afianzó como el género que actualiza “the ‘one, yet many’ of national life” (Brennan, 49).

Pese a las marcadas diferencias entre las novelas hispanoamericanas del Siglo XIX –en cuanto a tramas, desenlaces y escenarios, Sommer articula un común denominador a estas narraciones fundacionales: la necesidad de reconciliar y amalgamar a los diferentes actores nacionales, incluso a aquellos cuyas posturas parecen irreconciliables dadas las diferencias de raza, clase social o región (81). Esta reconciliación surge de la necesidad de inscribir un imaginario colectivo de las jóvenes repúblicas tras décadas de inestabilidad post-independentista donde los diferentes actores se vean reconocidos. De esta manera, la novela parangona el destino familiar, y más específicamente el de los amantes, con el de las nuevas naciones; la vida privada se hace pública. De ahí que surjan propuestas como las de Clorinda Matto de Turner o el brasileño José de Alencar que ven la solución al problema del indio en la educación de las provincias o que abogan por la formación de una identidad mestiza –aunque todavía excluyente respecto al negro- en *Aves sin nido* (1889) e *Iracema* (1865), respectivamente⁹.

⁹ La propuesta de la escritora peruana Clorinda Matto de Turner busca incorporar el sujeto indígena al proyecto nacional a través de su educación para así atenuar la amenaza de su alteridad y sacarlos de “la noche de la ignorancia”. Por su parte, José de Alencar pretende plasmar en *Iracema* sus ideas sobre la literatura nacional –una “poesia inteiramente brasileira, haurida na língua dos selvagens”.

En el caso ecuatoriano, la novela *Cumandá* (1879) de Juan León Mera se inscribe dentro del conjunto de novelas fundacionales americanas que trata “de la búsqueda y robustecimiento del genio nacional” (Pérez, 164). Mera, más allá de resultar un epígono de René de Chateaubriand y de preservar el exótico mito del “buen salvaje”, logra insertar en la narración los temas que Pedro Henríquez Ureña consideró esencialmente americanos y que diferencian a la literatura americana del resto de occidente: el indio, el criollo y la naturaleza. Es por este motivo que *Cumandá*, considerada por mucho tiempo como la primera novela ecuatoriana¹⁰, sea más que la historia de amor frustrada entre Carlos y Cumandá –dos jóvenes criollos y católicos que se aman sin saber que son hermanos. *Cumandá* es la concreción del proyecto de la ciudad letrada de la segunda mitad del Siglo XIX que busca, tras la creación de un mito fundacional, convertirse en la piedra angular de la identidad ecuatoriana. Dada la coyuntura de aquel momento: una identidad conservadora que defendiera el humanismo católico y las raíces hispánicas¹¹.

Doris Sommer sugiere que *Cumandá* defiende “the revival of Catholic humanism and the revalorization of Spain which flattered and inspired several countries by the end of the century”

¹⁰ Por mucho tiempo se consideró a *Cumandá* como la primera novela ecuatoriana. Sin embargo, la crítica ahora sostiene que *La Emancipada* (1863) de Miguel Riofrío es la pionera. Esta obra, publicada originalmente a manera de folletín, aborda el tema de la mujer ante la autoridad paterna en una sociedad conservadora.

¹¹ Ángel Rama señala que el representante de la ciudad letrada “es capaz de concebir, como pura especulación, la ciudad ideal, proyectarla antes de su existencia, conservarla más allá de su ejecución material, hacerla pervivir aun en pugna con las modificaciones sensibles que introduce sin cesar el hombre común” (38). Sin embargo, Juan León Mera no estaría imaginando esa comunidad ideal en un tiempo distante, sino en un espacio paralelo: la selva amazónica que hasta ese entonces era desconocida por la mayoría de los ecuatorianos.

(Foundational, 241). La novela, escrita pocos años después del asesinato del presidente Gabriel García Moreno en manos de sus adversarios políticos, contesta al discurso liberal encabezado en aquellos años por Juan Montalvo. Por eso Mera, al igual que otros escritores latinoamericanos como Manuel Galván en la República Dominicana, defendieron el regreso de los jesuitas al Ecuador y la recuperación de un humanismo católico como único medio para asegurar un futuro más estable para el país.

Por tal motivo, Cumandá es la heroína criolla criada entre nativos idealizados que muere consagrando así el amor puro que le guarda su hermano. Sommers señala que “the sacrifice was Cumandá, the woman over whose dead body Spanish and Indian fathers can love each other” (241). Sobre el cuerpo sin vida de la heroína se reconcilia el criollo y el nativo no sin antes dejar en claro la recompensa por dicha muerte: la vida eterna.

Como bien lo propuso José Carlos Mariátegui, la literatura nacional, como la nacionalidad misma es de filiación española. Durante los primeros años de vida republicana, la literatura nacional no es una realidad concreta “no traduce una realidad mensurable e idéntica. Como toda sistematización, no aprehende sino aproximadamente la movilidad de los hechos” (235). Mariátegui interpreta a la nación de esta etapa como una simple alegoría, un mito que no corresponde a la ciudad real porque no puede determinarla, porque fracasa en expresarla plenamente: “la lengua castellana, más o menos americanizada, es el lenguaje literario y el instrumento intelectual de esta nacionalidad cuyo trabajo de definición aún no ha concluido” (235).

Mera actúa como un intelectual que sirviéndose de una forma preestablecida, importada, recrea un contenido mítico. En el caso del Ecuador, no es la nación la que provee la forma específica al contenido nacional sino precisamente lo contrario:

history has produced the abstract, racional form of the nation as a result of the nineteenth-century wars of independence without, as yet, having produced the content [...] that should have acted as its organic substratum (Larsen, 89).

A continuación, se verá cómo Luis Martínez haciendo uso de la novela realista de la misma forma que Benito Perez Galdós lo hiciera en España, toma elementos de la realidad para transformarlos en argumentos novelables. Martínez ya no debe inventar un contenido y adaptarlo a la forma, ahora pinta la Naturaleza, convirtiendo su obra en testimonio de los primeros años del Ecuador del Siglo XX.

Nación laica, regiones hermanadas

Según Ángel Rojas, antes de *Cumandá*, la narrativa ecuatoriana se enfocaba en leyendas que fueron la adaptación de aquellas traídas por los españoles, salvo excepciones como la historia del *Cristo de la agonía* (337). Sin embargo, hubo que esperar hasta 1905 para que surgiera la primera novela realista - aunque con atisbos naturalistas-: *A la costa* de Luis Alfredo Martínez (1869-1909). Este texto serviría de base para la generación de los escritores de los años treinta entre quienes se encuentran: Jorge Icaza, Enrique Gil Gilbert y José de la Cuadra y que consolidarían la novela nacional, parafraseando a Bhabha, a manera de estrategia repetitiva de lo performativo.

Timothy Brennan asegura que las naciones son construcciones imaginarias cuya existencia depende de un “apparatus of cultural fictions in which imaginative literature plays a decisive role” (49). Si en el caso ecuatoriano, la consolidación del estado-nación se dio con el triunfo de la Revolución Liberal,

era de esperarse que se gestara –desde las clases dirigentes- un proyecto de construcción de identidad nacional que abarcara varios ámbitos culturales como la literatura, la pintura y la música, entre otros. Es así que la nación como “formación discursiva”, según Brennan, no es una simple alegoría sino “a gestative political structure which the Third World artist is consciously building or suffering the lack of” (46).

Una vez instaurado el liberalismo en el poder, las clases dirigentes se encargaron de borrar el legado católico y conservador que reinó en las últimas décadas del Siglo XIX. Para ello, se implantó un gobierno laico que impulsó medidas progresistas que beneficiaron el libre comercio y fortalecieron a la industria exportadora. En 1900 y como parte de esta agenda política, por ejemplo, se sustituyó el antiguo escudo nacional por uno nuevo que reflejara con más precisión la coyuntura histórica.

John T. Reid, refiriéndose a los emblemas de las nacientes repúblicas americanas, afirma que “unlike the endless wrangles of political principles and personalities, these could be devised with patriotic fervor and relative unanimity” (73). En el caso ecuatoriano, el nuevo escudo incorporó símbolos que buscaban promover la unidad regional y las ideas del progresismo liberal. Para sorpresa de la clase dirigente, este nuevo discurso nacional no fue aceptado desde un principio por la comunidad ya que representaba los intereses de la clase que se había beneficiado con la Revolución Liberal: las nuevas oligarquías cacaotera y bancaria costeñas excluyendo a la gran mayoría. De ahí que la novela de Luis Martínez surja como crítica directa a los intentos de la ciudad letrada por imponer la imagen de una armonía inexistente entre regiones, razas y fracciones políticas.

En el escudo nacional se identifica al cóndor, ave endémica de los Andes, que resguarda del potencial enemigo el óvalo que contiene un paisaje típicamente ecuatoriano. Dentro de

él y sobre un cielo azul se impone el sol de oro, rey de los Incas e insignia de la riqueza nacional, y una bandera con los signos zodiacales de Aries, Tauro, Géminis y Cáncer correspondientes a los meses de marzo, abril, mayo y junio durante los cuales se luchó contra el General venezolano Juan José Flores –primer presidente del Ecuador– en 1845¹². También aparece el Chimborazo, nevado más alto del país de la misma forma que el Potosí en el escudo boliviano. De las eternas nieves de la montaña nace el “majestuoso río Guayas” que desemboca finalmente en el Océano Pacífico. Otros artificios heráldicos son el buque que surca las aguas del Guayas, considerado el primer navío construido en América del Sur, el caduceo que simboliza el comercio, las ramas de laurel y olivo que representan la gloria y la paz y, finalmente, las haces consulares por la dignidad de la república.

Luis Martínez capta este mismo discurso en el momento en que el protagonista principal de su novela viaja en mula desde la Sierra a una hacienda cacaotera de la Costa en busca de mejor suerte¹³. Cuando llega a la cumbre de una montaña, desde donde puede observar al mismo tiempo las dos regiones del país, el narrador describe un paisaje similar al manifestado en el escudo nacional:

¹² Ayala Mora sostiene que “la Revolución “marcista” estalló en Guayaquil y se expandió luego al resto del país. Esta logró echar a Flores del poder. Era una reacción acaudillada por los notables de la costa contra el predominio del *militarismo extranjero* aliado con el latifundismo tradicional; levantó consignas liberales e intentó ciertas reformas, pero si bien Flores había sido vencido, el poder del latifundismo serrano no había desaparecido” (Historia de la Revolución 21)

¹³ Desde 1880 hasta los años veinte, el Ecuador triplicó su volumen de exportaciones de las cuales el cacao representaba el 60 por ciento.

Atrás queda la Cordillera de los Antes, la sierra abrupta e informe, arrugada por mil cerros, picachos, quebradas y despeñaderos; allí los múltiples sembríos de cereales, coloreados ya de verde tierno, ya de anaranjado, ya de pardo. Algunas laderas muestran el terreno recién labrado, negro por la lluvia, haciendo contraste con el amarillo pálido de los pajonales del páramo. Y en las quebradas, las lomas, en las orillas de los pequeños torrentes y en el fondo de los estrechos valles, las casas aisladas, los pueblos y las haciendas, parecen rocas rodadas desde las cimas de los Andes. Un cinturón inmenso de picos abruptos y negros, y como broche magnífico la mole resplandeciente del Chimborazo (171).

Tras observar la Sierra dirige su mirada al occidente. Es hora de efectuar la transición, ahora el narrador nos presenta un cuadro diferente:

Hacia el ocaso se descubre otra zona, otra naturaleza, un mundo nunca imaginado por el habitante de las cordilleras. Los cerros que, como una avalancha petrificada, se separan de la Sierra, se aplanan y casi se hunden en un abismo. El bosque trepa afanoso hasta las más altas cimas; las quebradas pierden las tonalidades y recortes duros de las rocas desnudas, para adquirir toques azulinos y vaporosos; y al fin, cerros, colinas, barrancos, se confunden, difuminan, desaparecen casi en medio de un velo glauco, para convertirse en una llanura infinita como el mar, la que se pierde allá en el horizonte en un cielo de nácar, en el que flotan algunas nubes de color de rosa y oro. Y en esa inmensa pampa brillan aquí y allá algunos puntitos como diamantes de un manto regio, puntos que indican curvas de inmensos ríos; se levantan algunas ligeras y casi fantásticas humaredas, y un aire caliente y denso baña ese

gigantesco paisaje, en el cual los colores son todos suaves como los de un sueño medio olvidado en un rincón de la memoria. Hacia la izquierda del observador se levanta de la llanura una altísima cordillera azul turquí; es el último contrafuerte de los viejos Andes, que avanza hasta el Pacífico. Esa tierra vaporosa, esa llanura infinita es la Costa ecuatoriana (171).

Al leer este pasaje de *A la costa*, es imposible pasar por alto el discurso en ciernes que circulaba durante la Revolución Liberal y que previamente habríamos de ubicar en el emblema adoptado por el gobierno en 1900. En este fragmento de la novela, al igual que en el paisaje dentro del óvalo, podemos distinguir lo que Anderson reconoce como *comunidad imaginada*.

El inconveniente de la *comunidad imaginada* en el caso ecuatoriano radica en que ninguno de los personajes se siente identificado con esa abstracción impuesta sobre la población. Salvador, el protagonista de la novela, muere víctima de una enfermedad endémica del litoral con sus ojos puestos en el Chimborazo: lejano y limpio de nubes. Pese a que también observa desde su ventana al río Guayas (el mismo del escudo nacional), Salvador lo asocia con su miseria. Tampoco el paisaje serrano le devolvería la vida; es tan sólo una visión nostálgica de su tierra. Al morir: “la cara tomó una expresión beática y bellísima y los ojos vidriosos quedaron fijos en el Chimborazo, que allá, en el confín del paisaje inmenso, resplandecía con los últimos rayos de sol” (278).

En conclusión, *A la costa* es una novela en la que resulta difícil identificar al personaje o grupo social que podría llevar la batuta una vez fracasada la Revolución Liberal. Las mujeres en esta obra padecen todas de una enfermedad propia de su género: la beatitud y el conservadorismo religioso. El montubio y el indígena no están lo suficientemente preparados como para

asumir este reto; la aristocracia urbana está en declive porque está corrompida por los vicios de la ciudad; la población costeña es perezosa víctima del ambiente. En la idea de nación de Martínez sólo un grupo está capacitado para conducir al país: la clase media propietaria serrana:

los mejores ciudadanos adictos a la patria, valerosos en la guerra y fecundos trabajadores en la paz. Esas familias son la gran clase media, la llamada a llenar en no lejano día el mundo, derrotando con sus prácticas virtudes, con el trabajo, con el patriotismo, las mil necias preocupaciones religiosas y sociales, que hoy hacen gemir a la humanidad en un calabozo estrecho y hediondo (83).

Esta es la propuesta que más adelante sería retomada y ampliada por los seguidores de Luis Martínez.

Conclusión

Homi Bhabha asegura que es imposible explicar lo nacional sin recurrir a lo ambivalente en la modernidad. Esta propuesta supera a la de Benedict Anderson en tanto que reconoce a la “comunidad imaginada” como un discurso que no siempre cobija a todos los actores de la nación. Al contrario, y como ha quedado demostrado con el análisis de la novela de Martínez, los intelectuales hispanoamericanos de finales del Siglo XIX y principios del XX ignoraron la desarmonía existente entre grupos hegemónicos y subalternos¹⁴. En el caso del Ecuador, los intelectuales obviaron la pugna entre costeños y serranos, entre liberales y conservadores, entre ciudadanos y campesinos e intentaron infructuosamente subsanar estas identidades en

¹⁴ Ángel Rama también se refiere a esta desarmonía como “los encuentros y desencuentros entre la ciudad letrada y la ciudad real”.

conflicto. La obra de Martínez va más allá del plano alegórico y se transforma en una crítica de aquella falacia llamada “Ecuador” que, pese a los esfuerzos de la burguesía, no logró echar raíces en el subconsciente de las masas reflejando el desacuerdo entre tendencias políticas dispares empeñadas en defender, paradójicamente, a su región de origen.

La novela de Martínez, por lo tanto, representa la propuesta del intelectual que vislumbra lo nacional en lo liminar, en el drama de un serrano que muere en la costa sin haber conseguido lo que esa región incansablemente pregonaba: la prosperidad. Este descontento con el sistema es el tópico que a partir de los años treinta retomarán los escritores ecuatorianos¹⁵. Luego de la influencia de la Revolución Mexicana y la aparición de los primeros partidos políticos socialistas y anarquistas en el Ecuador¹⁶, la represión pública del gobierno contra trabajadores y minorías, y la aguda crisis económica que devendría en la adopción del modelo de sustitución de importaciones, el intelectual se torna rebelde. Demetrio Aguilera Malta, representante del grupo de Guayaquil, sostiene:

Creo que cada día aumenta la responsabilidad de esta profesión (escritor) porque el tenerla significa un signo de verdad y de justicia, una ineludible obligación que no puede ser marginal y evadirse. Los problemas de diario acontecer y su ubicación en la tierra lo fijan; su posición

¹⁵ Karl Heise señala que “al igual que Martínez, los novelistas del “Grupo de Guayaquil” esperan con sus obras influir en la sociedad. Por su atención a los fenómenos sociales, a los elementos étnicos, a las divisiones políticas y a las influencias geográficas *A la costa* es la precursora de la siguiente generación de novelas” (16)

¹⁶ El Partido Socialista Ecuatoriano se fundó en 1926 y luego se desprende de él lo que vendría a constituirse como el Partido Comunista Ecuatoriano.

ante la vida y ante las luchas de los intereses encontrados lo definen (Citado en Sacoto, 150).

En *El aire y los recuerdos*, novela de Alfredo Pareja Diezcanseco, alega un personaje: “Nuestra novela de hoy, es una formidable novela, aunque recién nacida. Y es de suponer que mejorará. Porque un puñado de muchachos no puede hacer más en el primer momento. ¡Experiencia, sagrada experiencia!”(35). Estas palabras dan fe de lo que Rama señala como el triunfo del período nacionalista entre 1911 y 1930 en América Hispana, período durante el cual se “consolida la pertenencia de las repúblicas a la economía-mundo occidental y [se] construye su reconocible imagen contemporánea” (105). En Ecuador, esta etapa vendría seguida de la aparición de la *ciudad revolucionada* donde los caudillos, como el cinco veces presidente José María Velasco Ibarra, y los escritores profesionales recompondrían la identidad nacional esta vez atendiendo a posturas políticas más extremas y dentro del marco de la Guerra Fría.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDERSON, Benedict. *Imagined Communities*. New York, Verso, 2000.
- AYALA MORA, Enrique. *Historia de la Revolución Liberal ecuatoriana*. Quito, CEN, 1994.
- - -. "Historia y sociedad en el Ecuador decimonónico". *Historia de las literaturas ecuatorianas*. Quito, CEN, 2000.
- BELLO, Andrés. "Modo de escribir la historia". *Temas de Historia y Geografía, Obras Completas*. Vol 19. Caracas, Ministerio de Educación, 1957.
- BHABHA, Homi K. "DissemiNation: time, narrative, and the margins of the modern nation." en BHABHA, Homi (ed.), *Nation and Narration*. London, Routledge, 1990, págs. 291-322.
- - -. "Introduction: narrating the nation." *Nation and Narration*. Ed. Homi K. Bhabha. London, Routledge, 1990, págs. 1-7.
- - -. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires, Manantial, 2002.
- BRENNAN, Timothy. "The national longing for form." en BHABHA, Homi (ed.), *Nation and Narration*. London, Routledge, 1990, págs. 44-70.
- HEISE, Karl. *El grupo de Guayaquil: arte y técnica de sus novelas sociales*. Madrid, Playor, 1975.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispana*. México, FCE, 1949.
- HOBBSBAWN, E.J. *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. London, Cambridge University Press, 2003.
- LARSEN, Neil. *Determinations: Essays on Theory, Narrative, and Nation in the Americas*. London, Verso, 2001.
- MARIÁTEGUI, José Carlos. *Antología de José Carlos Mariátegui*. México, B. Costa-Amic, 1966.
- MARTÍ, José. "Nuestra América". *José Martí: páginas escogidas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974.

- MARTÍNEZ, Luis. *A la costa*. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1992.
- PAREJA DIEZCANSECO, Alfredo. *El aire y los recuerdos*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1959.
- PÉREZ, Galo René. *Pensamiento y literatura del Ecuador*. Quito, CCE, 1972.
- RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover, N.H., Ediciones del Norte, 1984.
- REID, John T. "An Aspect of Symbolic Nationalism in Spanish America: (Aspirations and Emblems)". *Hispania*, Vol. 40, No. 1. (Mar., 1957), págs. 73-75.
- ROJAS, Ángel. "La novela ecuatoriana: Primera Parte 1830-1895". *Historiografía ecuatoriana*. Quito, CEN, 1985, págs. 313-341.
- SACOTO, Antonio. *El indio en el ensayo de la América española*. Cuenca, CCE, 1981.
- SOMMER, Doris. *Foundational Fictions: the National Romances of Latin America*. Berkely, Berkeley California UP, 1991.
- - -. "Irresistible romance: the foundational fictions of Latin America." en BHABHA, Homi (ed.), *Nation and Narration*. London, Routledge, 1990, págs. 71-98.